

# ELOJIO FÚNEBRE

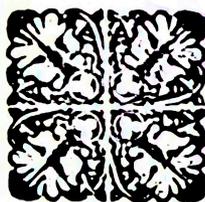
DEL ILMO. Y REVERENDO SR. DR. FR. JOSE MANUEL PLAZA,

**OBISPO DE CUENCA,**

PRONUNCIADO

POR EL R. P. FR. VICENTE SOLANO,

En la iglesia Catedral, despues de las solemnes essequias que celebró  
el Venerable Cabildo eclesiástico de dicha iglesia.

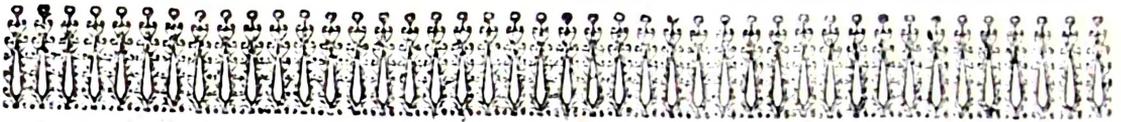


**QUITO:**

IMPRESA DE VALENCIA.—1855.

Sabedores de que el R. P. Fr. Vicente Solano habia pronunciado el elojio fúnebre del Ilmo. Sor. Plaza, Obispo que fué de Cuenca, hemos trabajado hasta conseguirlo, y vamos, aunque tarde, á publicarlo por la prensa. Semejante discurso tiene la sencillez y naturalidad con que asombran los sermones fúnebres del inmortal Bossuet, al referir las virtudes del Pontífice que vistió su mismo hábito; de aquel que mereció del ilustre Roca fuerte en sus arrebatos de entusiasmo, que al proponerlo para Obispo, dijera en el seno de una asamblea legislativa—*que era el ángel de los desiertos...* Este rasgo asociado á los pensamientos del orador del instituto del humilde y penitente de Asis, dan alguna idea de la importancia del Prelado de la diócesis de Cuenca; de aquel conquistador de las almas para el cielo; del prodigioso discípulo de San Francisco de Sales que supo arrostrar los rigurosos inviernos, soportando toda clase de privaciones, y que á manera del Santo no temia *cruzar un rio pasando por una tabla cubierta de hielo por llevar la palabra del evangelio á un pais de herejes*. Así el apóstol franciscano se internaba en los escabrosos bosques como el mas valiente misionero llevando la palabra de Dios al rudo entendimiento de los bárbaros que pueblan las hordas salvajes. A mas de estas heroicas virtudes, se distinguió tambien el Ilmo. Sr. Plaza, por su decision en favor de la Compañía de Jesus, como se ve por sus piadosos escritos, y mas que todo, por sus obras; pues que á su regreso de las montañas del oriente, á donde se dirijió para incorporar al seno de la Iglesia las tribus de Gualaquiza, protejió con toda clase de recursos á los pocos Jesuitas que encontró por enfermos en Cuenca, hasta el dia en que salieron de esa ciudad para incorporarse con la comunidad que providencialmente, y contra los planes de sus ciegos perseguidores, habian tocado ya en Guatemala.

La verdad de lo espuesto, es tambien la manifestacion de gratitud que en el año pasado hizo el pueblo peruano á la memoria del misionero franciscano y Prefecto que fué del Colejio de Ocopa. Finalmente en el mes de Setiembre último en la memoria que presentó á las Cámaras legislativas de 1854 el H. Señor Ministro del Interior y Relaciones Exteriores, al dar cuenta de la vacante del Obispado de Cuenca, se espreso así: *La diócesis de Cuenca tuvo que deplorar el fallecimiento del dignísimo Obispo Fr. Manuel Plaza, y lo deploran igualmente todos los ecuatorianos, por esa abnegacion personal, por aquel espíritu apostólico con que procuraba reducir á los indijenas infieles al gremio de la religion y al seno de la sociedad civilizada, y últimamente por los vivos deseos que manifestaba de la mejora y engrandecimiento de su patria.*



*Ego in hoc natus sum, et ad hoc veni in mundum, ut testimonium perhibeam veritati.*

Yo he venido al mundo á comprobar la verdad: esta ha sido mi mision sobre la tierra.

S. JUAN CAP. 18 v. 37

---

Estas palabras, SS., pronunció el hijo de Dios el dia de su muerte á presencia de un magistrado romano, que representaba todo el imperio. Iba á morir como Sacerdote, y era preciso que diese un público testimonio del cumplimiento de su mision entre los hombres. Tal es el destino, SS., de todos los sacerdotes, y principalmente de los que se hallan revestidos del augusto carácter del pontificado. Ellos no nacen para manejar los negocios de este mundo transitorio; para derramar la sangre de sus semejantes en los campos de batalla; para trastornar los reinos con la política y la espada; sino para enseñar la verdad á los grandes y á los pequeños, á los sabios y á los ignorantes, á los filósofos y á las últimas clases del pueblo. *Ego in hoc natus sum....*

Esta voz lúgubre sale hoi, mis queridos hermanos, de en medio de ese catafalco, que está á vuestra vista, como un testimonio de las virtudes del Pontifice que hemos perdido. "Yo he nacido, dice, para comprobar la verdad; y despues de haber cumplido con mi mision, he desaparecido de entre vosotros como esos cuerpos celestes, que solo se hacen notar de los sabios observadores."

A esta voz tan tierna y tan penetrante, seria preciso, SS., huir de este lugar, ó quedar yertos como Saul al escuchar las palabras de Samuel, que vino á hablarle el lenguaje de la eternidad, si no nos sostuviera aqui este acto religioso.

Fieles amigos, tiernos y magnánimos hermanos y parientes del Pontifice que ha perdido la Iglesia cuencana, ¿vosotros habeis querido reuniros en este dia, al rededor de sus cenizas, para llorar todavía su pérdida? ¿Habeis queri-

do que uno de los testigos de su vida, y confidente de su corazón, sea el intérprete de vuestro dolor; y que tribute este último homenaje á su memoria!

¡Pero para qué reanimar SS. un dolor, que parece iba aletargándose con el transcurso del tiempo? Para qué renovar en este día funerales que nos han costado tantos desvelos? Ah, católicos! que los miserables que niegan la inmortalidad del alma miren con indiferencia á los muertos, es conforme á sus principios; pero nosotros que la creemos, suspiremos hasta reunirnos con nuestro amigo, con nuestro padre, con nuestro pontífice, en la mansion de la eternidad. ¡Dulce recuerdo de un personaje que ha muerto en el seno de la fe y de la virtud! ¡Lágrimas deliciosas, amable tristeza, mas apreciables á las almas sensibles y virtuosas, que todas las alegrías del mundo! Yo mismo al pronunciar este elogio me penetra de un vasto dolor, y al mismo tiempo me complazco en mi afliccion. Los santos, aunque fortalecidos con una gracia vigorosa, no han dejado de derramar tiernas lágrimas por sus amigos y parientes: un S. Ambrosio por su hermano Sátiro, un S. Agustin por su madre, un S. Bernardo por su querido hermano Gerardo; y lo que es mas, el Santo de los santos, por la muerte de su amigo Lázaro. ¡Cómo no habia de sentir yo la pérdida de un hermano y amigo, que era la esperanza de la religion y de la patria!

El nos dice desde el sepulcro: si mis hermanos, mis amigos y beneficiados se olvidaren de mí, acordáos al menos vosotras tribus salvajes de los bosques del oriente, donde teneis mis huellas empapadas de sudor y de sangre. Yo pensaba en vuestra felicidad temporal y eterna, y la muerte ha pasado sobre mí su guadaña, cortando el hilo de mis saludables proyectos! ¡Religion santa, asilo del género humano! tu fuiste el norte de todos mis pasos en el mar proceloso de este mundo: mi último suspiro fué consagrado á tí, y tú me has recibido en el puerto de la eternidad: *Ego in hoc natus sum....*

Católicos! ya conoceréis por estos rasgos, que vengo á hablaros del Ilmo. y Rmo. Sor. Dor. Frai José Manuel Plaza Obispo que fué de esta diócesi. Destinado yo á pronunciar su elogio fúnebre, os manifestaré, siguiendo la idea de mi testamento, que nuestro Obispo comprobó la verdad con sus obras, y la comprobó tambien con uss palabras. Tales son los dos objetos de este discurso, que consagro, á su memoria.

## 1.ª PARTE.

Cuando el Salvador del mundo dijo á Pilatos, que habia venido á la tierra en nuestra carne pasible, para ser testigo de la verdad, aquel majistrado le preguntó: *quid est veritas?* ¿Qué cosa es la verdad? Y sin oir la respuesta, procedió á condenarle. Tal vez habrá muchos en mi auditorio, que me hagan la misma pregunta. ¿Qué verdad encontraremos en vuestro elojio? Vuestro héroe ha pasado por el camino de la vida como otros muchos, que no han hecho otra cosa que nacer y morir oscuramente.—No, señores, os equivocais; y ántes de condenarme, escuchad la respuesta.

No permita el cielo, SS., que yo venga á manchar la cátedra de la verdad con ficciones, ni abusar de vuestra docilidad con una elocuencia seductora, porque no la tengo. Dejemos á los censores malignos el empeño de no ver virtud alguna en sus semejantes; á los historiadores, el referir imparcialmente los vicios y virtudes de los hombres. Mi ministerio, como orador sagrado y panejirista, está reducido á clojiar las virtudes, do quiera que las encuentre. Atendedme.

Apenas rayó el uso de la razon en nuestro Obispo, cuando se penetró de un profundo sentimiento de relijion. Vió que el mundo no podia ser el instrumento de la posesion del reino de los cielos á que aspiraba. Deja la casa paterna, que le brindaba bastantes conveniencias por su posision en la escala social, y por sus bienes de fortuna. Se acoje á la relijion de San Francisco, en un tiempo en que ese espíritu corrompedor de los institutos monásticos, aun no habia minado todo el cuerpo relijioso. El novicio, el corista, el sacerdote, ven en el P. Plaza si no al fervoroso alumno de los primitivos tiempos del Seráfico Patriarca, al menos á un relijioso devoto, honesto, urbano y diligente en el cumplimiento de sus deberes. Tal es el testimonio de sus contemporáneos.

Luego que se vió condecorado con el augusto carácter sacerdotal, se persuadió que era llamado á desempeñar una mision propia del hijo de Dios; esto es, la instruccion de los pueblos y de las tribus errantes, que existen entre nosotros. Bien sabeis SS. que esta empresa requiere un espíritu apostólico, una caridad ardiente, un zelo discreto y una constancia á toda prueba. Cuando el Salvador del mundo dijo á sus apóstoles: "yo os envío como corderos en medio de los lobos," —dió á conocer en pocas palabras

la dificultad del trabajo, el carácter feroz de los pueblos que carecen de la luz de la verdad; y la necesidad de hallarse revestido el evangelizante de todas las virtudes, y principalmente de la mansedumbre como un cordero. De aquí debeis inferir cuan heroica era la resolución del P. Plaza en haberse propuesto partir á las misiones que sostenia la provincia de Quito en los bosques del Amazonas, despues de la espulsion de los Jesuitas. Aquí SS. desplegó el zelo de los primeros siglos del cristianismo. Espuesto á perder la vida, él podia decir como el apóstol: "no hago aprecio de mi existencia, con tal de ganar á todos para Jesucristo."

Así es que recorre todos los ángulos de aquel dilatado pais, en unas partes catequizando; en otras administrando el Bautismo á millares de neófitos; en otras fundando nuevos establecimientos, sin mas recurso que su perseverancia, y la promesa del Salvador. Nuestro zeloso misionero verificó en sí aquel oráculo del Apóstol: *quam speciosi pedes evangelizantium pacem, evangelizantium bona!* [a] ¡Qué hermosos son los pasos que dan los que anuncian el evangelio, que nos trae la paz, y toda clase de bienes! Sí, SS., el P. Plaza con sus tareas apostólicas, produjo innumerables bienes á la relijion y al Estado. El Perú que posteriormente tomó la inspeccion de aquellas vastas rejiones, sacó innumerables ventajas de los trabajos de este misionero infatigable.—Asociado al convento de Ocopa, antiguo foco de luces y de virtudes, seminario que ha producido tantos mártires, imitadores del zelo de su Seráfico patriarca; asociado, digo, á este ilustre cuerpo, encontró compañeros capaces de llevar adelante sus santos proyectos, y obrar nuevos prodijios en la conversion y reduccion de los infieles.

Él, como misionero de la fe católica, reunia el zelo de un apóstol, el carácter dulce y afable de un padre, la injenuidad y la ternura de un amigo, y cuanto se requiere en un hombre para hallar en su seno la deliciosa hospitalidad. Así es que, los estranjeros que viajaban por los paises donde residia el P. Plaza, hallaban todos los recursos necesarios para hacer cómoda la vida, en cuanto lo permitian la aspereza del clima, y la fragosidad de los caminos; principalmente, SS., los naturalistas ingleses y franceses, que tuvieron necesidad de recurrir á nuestro ilustre misionero, hicieron resonar su nombre en las márgenes del Tánesis y del Sena. El Conde de Castelnau, naturalista francés que se mantuvo mas de seis meses en 1843, á su lado, tuvo ocasion de observarle mui detalla-

[a] *Ad Rom.*, c. 10. v. 15.

damente; y en verdad, que no encontraría defecto notable, supuesto que hace de él un honorífico elogio en la relación dirigida desde la misión de *Sarayacu*, al ministro de instrucción pública, en tiempo de Luis Felipe.

Tantas virtudes, no podían, SS., estar ocultas bajo el celemin, según la frase del evangelio, sino brillar en el candelero de la Iglesia. La Providencia que vela sobre la conducta de los hombres, para premiar sus virtudes y castigar sus delitos, quiso dar á su siervo el premio correspondiente á tantos servicios. Sin haber pretendido, ni aun habersele pasado por la imaginación, es elevado á la Sede episcopal de Cuenca. Se somete á esta elección, persuadiéndose de que Dios le llama por el órgano de los hombres, aunque él se conoce indigno de tan alto ministerio.— Sin embargo, cree que rehusarlo sería contrariar á los designios de la Providencia; y confiando en ella, podía llenar de algún modo sus deberes, como me lo dijo repetidas veces, con aquel candor, que le era característico. En fin, SS., él recibe sus bulas como Masillon, á quien le costearon sus amigos el despacho, porque sus facultades no alcanzaban á cubrir los gastos acostumbrados en la Curia romana.

Si en este puesto elevado no ha hecho brillar la elocuencia de los Crisóstomos y Agustinos, ni las virtudes heroicas de los Franciscos de Sales, de los Carlos Borromeos, de los Alfonsos de Ligorio, ni de otros innumerables, es, SS., porque el Espíritu Santo no distribuye igualmente sus dones á todos los prelados, y á todos los fieles: *alios sic, alios vero sic*. Además, cuando el pueblo se halla distraído con guerras, disensiones, partidos políticos, es muy difícil á un prelado, remediar todos los males en un momento: se necesita tiempo, robustez y gracias extraordinarias para reformar el clero y el pueblo.

Pero no por esto pasaré en silencio uno de los reproches que se le ha hecho á nuestro finado Obispo; á saber, la facilidad de imponer las manos sobre sujetos tal vez indignos de recibir el sacramento del orden. Verdad es, SS., que este es un asunto capaz de hacer temblar á un Obispo en el tribunal de Dios. Se refiere que estando el Papa S. Leon Magno delante de los cuerpos de S. Pedro y S. Pablo, pidiendo á Dios el perdón de sus pecados con muchas lágrimas, se le apareció S. Pedro y le dijo: he pedido á Dios por tí y te ha perdonado tus pecados, pero no por esto estás libre de darle cuenta de algunas órdenes que has hecho temerariamente.— Si un Papa tan grande por su saber y por su santidad, fué reprendido como ordenador temerario, ¿cuál será el Obispo que piense no hallarse comprendido en una acusación de esta naturaleza?

Este no admite efujio alguno. Pero ¿quiénes son la causa de que los obispos falten algunas veces á sus deberes? Vosotros, SS., vosotros padres de familias, que por un interes mundanal, quereis colocar á vuestros hijos en el santuario, tal vez sin vocacion, sin luces, sin costumbres. Esos empeños, esas simonías para las órdenes, para los beneficios curados, para las capellanías; ¿de donde provienen? De los ambiciosos del siglo, de los que se prometen un patrimonio de las rentas eclesiásticas, para subvenir á sus necesidades, sin atender al grave detrimento que padecer sus conciencias, las de sus hijos y parientes; y en fin, la desmoralizacion de la sociedad entera. Mas no solo esto. despues de haber puesto en tortura á los obispos con empeños y con intrigas; despues de mantenerse con el patrimonio de los santos, sois vosotros los censores mas implacables de los obispos y de los sacerdotes. ¡Ah, católicos! Si vosotros mismos sois los autores del mal, á lo menos no querrais representar el papel de Satanás, que despues de haber tentado á nuestros primeros padres, se convirtió en acusador de ellos, y de todos sus descendientes.

Concluamos, que es mui dificil que un obispo aun que sea zeloso, pueda desempeñar su ministerio con todo el vigor de los cánones, en medio de un pueblo desmoralizado. Todo aquel que gobierna, sea en el órden espiritual ó temporal, no puede ejercer todas las funciones por sí mismo; es preciso que se valga de algunos subalternos; y estos le engañan por su propio interes sin atender á su conciencia. "Aquellos críticos de las faltas de los gobernantes no se hacen cargo, dice el inmortal Fenelon, de que cometerian los mismos errores, ó peores tal vez, si se les confriese el mismo poder. La condicion privada, cuando tiene un poco de ingenio para hablar bien, cubre todos los defectos naturales; presenta talentos brillantes, y hace parecer un hombre digno de todos los empleos que no obtiene. Pero es la autoridad que pone todos los talentos á una fuerte prueba, y descubre grandes defectos." [b]

Sí, SS., un obispo, aunque por otra parte sea virtuoso, es un hombre; su ingenio tiene limites, y su virtud tambien. Todo esto no embaraza, pues, para que poniendo en la balanza de la equidad las virtudes de nuestro finado Obispo, podamos decir con fiadamente, que él ha comprobado la verdad con el testimonio de sus obras, que es lo que propuse en mi primera parte; pasemos á la

[b] *Telémaco*, lib 12.

La palabra es el intérprete del corazón del hombre. No es posible que un corrompido se dilate con signos de benevolencia, de amor, de urbanidad y de dulzura. El autor de la naturaleza ha dado la palabra al hombre para conocerle, como estos signos celestes, que anuncian una buena ó mala estación. Os he demostrado, SS. que el corazón de nuestro finado Obispo era el depósito de las obras más recomendables; y por consiguiente, debían manifestarse estas por palabras edificantes, y llenas de un atractivo vital.—En efecto, su conversación afable, humilde y candorosa, revelaba su inocencia primitiva.

Jamás se le oyó una sola palabra que indicase el orgullo, propio de los hombres que ocupan puestos elevados. Igual con todos, familiar hasta con los más pequeños individuos del clero, llevó la delicadeza al término de cumplir perfectamente el precepto de San Pedro, reducido á no ser el donador y el déspota de sus súbditos: *neque ut dominantes in cleris*. Se le puede aplicar al pié de la letra lo que la Iglesia dice en la vida de San Elzeario: *nunquam eum ad indignationem vis ulla compulit: nemo turbatum vidit, nemo mutatum*. "Jamás, ni por los insultos, ni por las detracciones, se le observó indignado: ninguno le vió perturbado, ni alterado." [c] Vosotros sois testigos, SS. de cuanto acabo de esponer á vuestra consideración. ¡Qué satisfacción para un orador el poder hablar las verdades apoyadas en el mismo testimonio de sus oyentes! Zeloso de la religión, sus discursos solo respiraban el amor de Dios, el incremento de la fé y la conversión de los pecadores. Este lenguaje, SS, no es ciertamente el de muchos prelados eclesiásticos de estos tiempos, políticos oscuros, y bajos intrigantes. ¡Y qué diré SS. de las pastorales que publicó contra los escritos irreligiosos? Vosotros las habeis leído, y no habreis podido menos de notar su espíritu ardoroso por la convicción de los errantes, y el sosten de la sana doctrina.

En fin, SS., acerquémonos al último momento de su vida, al lecho de la muerte, y recojamos sus últimas palabras como una prenda sagrada para nuestra edificación: sus parientes y amigos quieren traerle á esta ciudad del pueblo donde se hallaba de visita, y les contesta: "dejadme morir aquí en paz y en silencio." ¡Qué funesta es la muerte de un obispo! dice el venerable Palafox, hablando del tumulto que hai en los palacios, luego que espiran los obispos. En efec-

---

[c] *En el breviario franciscano, 27 de Set.*

to. parece una ciudad tomada por asalto el palacio episcopal, por el saqueo que hacen sus domésticos aun de los mas pequeños ajuares. Nuestro obispo no quiso que su cuerpo estuviera entre este movimiento vergonzoso, ni ver lágrimas finjidas de personas indiferentes, ó puramente interesadas. Parece que la Providencia le condujo á un lugar retirado y silencioso, como á Moises, para que entregara su espíritu en manos de su Criador. El ha muerto como un relijioso en el retiro de su celda, legando únicamente á la posteridad la voz imponente de sus preciosas virtudes. Sus cenizas reposan entre nosotros, y ciertamente ellas deberian yacer en el Perú, sin la circunstancia de haber sido elevado á esta Sede episcopal.—"Ingrata patria, no tendrás mis huesos"—decia Scipion, al contemplar la ingratitude con que se le espulsaba de Roma. El Ecuador ha hecho justicia atrayendo á un hijo benemérito, y haciéndole reposar en su seno, para que no se repitiera la queja de aquel ilustre romano.

¿Y qué es lo que debemos sacar católicos, de todo lo que nos presenta este fúnebre aparato? Esta terrible leccion, que nos inculca la relijion á cada paso; á saber, que mas allá del sepulcro, nada aprovecha, ni las dignidades, ni los talentos, ni la nobleza, ni las riquezas. Al Señor Plaza de nada le habria servido en su muerte el rango que le asignó la Providencia, sin las virtudes que le hicieron recomendable. Sin este requisito él habria bajado á la rejion del olvido como un mal ciudadano y un fraile corrompido.

¡Habitantes de Cuenca! Venid, y acercaos á este catafalco, para aprender estas verdades, y trasmitirlas á vuestros descendientes. Allí resuena la voz de nuestro obispo; escuchadla, no para llorar estérilmente, sino para imitar sus virtudes, y dirigir oraciones fervientes al Todopoderoso para el descanso de una alma tan digna de ver la rejion de la luz y de la inmortalidad.

Acercaos sacerdotes, y allí oireis que os dice como el Salvador del mundo: *exemplum dedi vobis, ut quæmadmodum ego feci, ita et vos faciatis.* "Os he dejado mi ejemplo, para que practiqueis las virtudes, que yo he practicado."

Acercaos detractores de Plaza, y deponed al pié de la tumba vuestras equivocaciones: el sepulcro es el asilo de todo mortal: mas allá, el hombre no pertenece al hombre; es de solo Dios.

Acerquémonos todos, catolicos, con un espíritu de relijion y de recojimiento, y aprenderémos á vivir y morir como nuestro ilustre prelado.